





MANCHAS DE AMOR,
TINTA Y PEGAMENTO



Manuel Fernández

MANCHAS DE AMOR,
TINTA Y PEGAMENTO



Primera edición: marzo 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Manuel Fernández

ISBN: 978-84-17784-38-6

ISBN digital: 978-84-17784-39-3

Depósito legal: M-9013-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para Ángela, por su amor, apoyo y compañía



1. GLORY DAYS

Usando un lenguaje aséptico, formal, propio de oficios y comunicados burocráticos, la señorita Laura Méndez, fiel colaboradora del ministro, me comunicó telefónicamente que su superior no podría, por desgracia, asistir al evento: «debido a imponderables de su altísima función», añadió. Se mostró convencida, la mensajera, de que comprendería ciertas complicaciones surgidas a última hora, así como la contrariedad y el pesar de su jefe por no poder cumplir con su promesa. En su lugar, representando al gabinete, acudiría don Andrés Villa, actual Subsecretario de Cultura.

A falta de cinco minutos para el inicio del acto, apareció el subalterno ministerial. Me saludó educada y protocolariamente, dispuesto a servirme en lo que fuere menester y encantado de conocer a un compatriota de mi tamaño y prestigio, en sus propias palabras. Añadió el señor Villa que le encantó una obra de mi autoría cuyo nombre mencionó, orgulloso, aunque me corté de replicarle que ese título no lo escribí yo; hubiese resultado violento corregirle, porque estas personalidades de trajes confeccionados a medida suelen mostrar escaso encaje a las afrentas o puntualizaciones.

Don Andrés, tras secarse las manos y la frente con un pañuelo de celulosa, se lanzó a explicar al auditorio su relación con la «Literatura»; sonriente, dominador del espacio, como buen aprendiz de político, asegurando que el hábito de la lectura le mejoró como persona y que de no ser por Faulkner y Tolstói su periplo vital se hubiese quedado en nada. Reveló don Andrés al público congre-

gado, además, que nació en el barrio de Carabanchel, dato que no venía a cuento, pero de algo hay que hablar...

(es curioso el empeño que volcamos en demostrar nuestras señas de origen todos aquellos que crecimos en el extrarradio de las capitales, como si hubiésemos sido unos pandilleros peligrosos que escaparon de un cruel destino, tal que los personajes del cine donde aparecen Harlem y el Bronx, cuando normalmente fuimos unos pánfilos cobardicas ocupados en matar las horas refugiados en la calma de nuestras habitaciones, rodeados de libros y vinilos, y oteando por las ventanas a las bandas de maleantes, o a los drogadictos solitarios, con los que jamás osamos cruzar palabra).

Hizo gala el señor subsecretario, también, de provenir de una estirpe muy pobre...

(otra circunstancia concurrente a cuantos vivimos alguna vez en los barrios: la casi totalidad presumimos al declararnos originarios de familias muy humildes. Pretendemos mostrarnos, con tanta insistencia, como firmes luchadores contra un mundo injusto y cruel, proletarios orgullosos de los que derribaron gobiernos mientras jugaban al billar).

«Pobres, pero bien honrados», presumió don Andrés, ya con el rostro bermellón, arrobado por la ufanía, altanero por sus señas de clase social. Informó a todo el que quisiera escuchar que su padre fue operario de una cadena de producción, en tanto su madre limpiaba escaleras...

(hay que ver la cantidad de madres de chicos de barriada de los sesenta y setenta que limpiaron escaleras; la mía también. Estarían los peldaños del cinturón industrial como los chorros del oro).

Cinco hermanos tuvo el hombre, prosiguió, dos varones y tres hembras, con los que fue feliz jugando a las canicas en los parques públicos y compartiendo secretos recostados sobre las literas del dormitorio antes de que les atrapase el sueño. Afirmó, en consecuencia, que el amor fraterno no se llega a estimar en lo que vale...

(deberían tener presente dicho principio las parejas actuales, con su descendencia de una o dos criaturas como tope, hijos casi únicos que se perderán la dicha formativa de no poder encontrar el baño desocupado en toda la jornada, o el no heredar la ropa de los mayores de la camada, con lo que llega a curtir esa experiencia tribal).

Tras esta muestra de afecto familiar, siguió pormenorizando su biografía el señor subsecretario, al que parece que le entró la rebeldía allá por los quince o dieciséis años, época en la que comenzó con la manía de contestar con malos modos a los maestros, a los padres, y hasta a su confesor, por defender sus ideales y pelear contra las arcaicas imposiciones sociales y culturales; y hubiese acabado en una cárcel, o pasto de las jeringuillas, de no ser porque modificó su comportamiento, volcándose en lo sucesivo en la lectura de libros de elevada concienciación que le cambiaron la vida y el destino. Gracias a su nueva actitud, no cesó de conseguir matrículas de honor en FEN., Gimnasia, Religión o Física y, rodando, rodando, pues resulta que sacó adelante las oposiciones al Ministerio con buen número, ya militando en el PCE, usando buenas bufandas, asistiendo los domingos a la Fílmoteca y lanzando piedras contra la policía del Régimen en las *manis*. Sostuvo de corrido, el orador, que la palabra escrita mejora la especie, fortalece los cromosomas, ilumina el cielo y nos hace crecer no menos de cinco centímetros; diez, según los autores que frecuentes.

Esta cabeza mía que no soporta escuchar discursos, ya sea por mi poca capacidad de concentración, ya sea por mi escaso interés hacia lo que hablan otros, mientras conferenciaba el señor Villa

se fue volando, como dragones de *Daenerys Targaryen*, a la noche anterior, al plató de un programa de *prime time* al que acudí. Por obligaciones de la promoción, me convidaron a un *magazine* de debate y varietés que creen mis representantes goza de un gran predicamento entre los televidentes de un arco de edad y formación cultural idóneos para publicitar mis obras. El entrevistador de ese espacio se meneaba sin parar en su sillón, nervioso e hiperactivo. Quizá, para él, el modo de mostrarse moderno pasaba por comportarse como si tuviese metanfetamina en las neuronas y una guindilla en el culo, idéntico a las chicas de ciertos comerciales que recomiendan que en los más íntimo te pongas un *chili*, o algo así.

El presentador bullicioso me preguntó, nada más comenzar la grabación, acerca de las causas de mi residencia, desde tanto tiempo atrás, en la Toscana, con «lo bonito que es España y lo bien que se come aquí», pero antes de poder contestarle siquiera vete a pastar me ordenó que me callase hasta después de la publicidad. Mientras transcurría la pausa, acudieron maquilladoras a repasar-nos los brillos e iluminadores que nos variaban la colocación de la silla para que diésemos mejor en pantalla; uno de ellos se quejó de que el tejido de mi americana le estaba destrozando los encuadres a causa de ciertos destellos. En tanto me revisaban, miraba los anuncios en un monitor. Mostraban a unas chicas en pantalla cimbreándose con energía, voceando «claro que sí, *guapi*, chic para ti, chic para mí, mueve tu *chichic*», bailando con un estilo que ahora definen como *twerking*, que yo creía, erróneamente, que tenía que ver con el cambio de neumáticos de los vehículos y no con mover el trasero de ese modo. Reían las chicas, «je je je, mueve tu *chichic*, muévelo». Todo se mueve en España, un país muy *twerking*, muy enrollado, chic para ti, chic para mí, je je je, qué gracioso, mueve tu *chichic*, claro que sí, *preciosi*, *guapi*, *encanti*.

A la vuelta del intermedio, parecía que había olvidado el señor director su pregunta previa, por lo que intenté abrir la boca para recuperarla de nuevo en el debate, pero no tuve tiempo, ya que del centro de la mesa surgieron, como por encantamiento, dos escarabajos de

peluche que aseguraron llamarse Arrancas y Perrancas, iniciando sin demora una retahíla de chistes muy interesados por los gayumbos de David Beckham o acerca del modo correcto de rascarse la oreja; también a tronchase explicando algunos *tuits* retrógrados y otras idioteces humorísticas de *hípsters*. Tras cada ocurrencia de los muñecos y sus dueños ventrílocuos, me interrogaba el presentador sobre qué opinaba yo en relación a cualquier cuestión peregrina, tales como la fiesta de los toros o las hogueras de San Juan, asuntos que me importan tanto que me voy a introducir, en lo más íntimo, un *chili*.

Cuando le pareció apropiado al individuo, dio por cerrada la *interview* y me informó de que íbamos, seguidamente, a realizar una prueba física. Quise objetar que a mí la gimnasia y los equilibrios me parecen aficiones de anormales sin cerebro, pero antes de poder expresar mis reparos ya estábamos todos bailando zumba en medio del estudio junto a una *tiparraca* en traje de *fitness*, buena de romperse, creo que esposa de un deportista famoso, quien gritaba y reía porque era muy *guay* y moderna, pese a que me pareció que le fallaba la dicción; puede que por ello no entendiese bien yo qué pretendíamos demostrar, un novelista y varios locutores, bailando ante las cámaras junto a un bombón semejante.

No bien recuperé la respiración del ajetreo, un tipo despeinado, con bata blanca, y otro muy serio, de negro riguroso, aparecieron en escena arrastrando una mesa camilla en la que descansaban varios tubos de ensayo, mangueras de goma, alambiques y otros objetos del *Quimicefa*. Intentaron probar algún principio que no puedo precisar en este instante, si bien recuerdo nítidamente que, tras sus ingenios y mezclas, de uno de los botellones emergió, sin avisar, un chorro de espuma que manchó mi único traje de *Armani*, el que utilizo para las galas, el mismo que le daba reflejos al iluminador, que vaya maldita la gracia. Por tratarse de un programa de franco buen rollo hubimos de reírnos con el experimento, aparte de realizar aspavientos de fingida felicidad, así como cabriolas y aplausos, mientras el público aullaba, terminando el *show* sin hablar de mi libro.

En tanto divagaba en ese recuerdo, casi finalizó la perorata el señor subsecretario, quien relataba, como broche de la sesión, la temporada en que trabajó como empleado de don Senén, el dueño de una fábrica de racores y componentes de grifería donde ya faenó su padre, en la que también ejerció su abuelo, poco antes o después de la guerra, en tiempos tan dramáticos,

—Y pese a que pudiera parecer que esta instantánea de mi adolescencia no venga al caso, en verdad guarda una gran relación con la moraleja de mi discurso, porque lo que deseaba compartir con todos ustedes es que la lectura me permitió prosperar, madurar, ampliar mis horizontes y, como resultado final, cambiar la *oficinucha* del viejo Senén por un despacho equipado con una banderita de España y muebles de maderas nobles. Lean, amigos, lean; así podrán ser como yo: subsecretarios o pilotos de aeronave. No se impongan cortapisas, no limiten la mente. Sin más, permítanme que les presente ahora al homenajeadó en este acto: al ínclito, al prestigioso, al inefable escritor don Rafael Suárez —o sea, yo—, reciente Premio Novelista por la gracia del Jurado y de Su Majestad el Rey Don Felipe. Queda abierto el turno de preguntas, señoras y señores.

Los aplausos en la sala me rescataron de las rememoranzas anteriores, obligándome a regresar definitivamente de mi viaje astral. De inmediato, un reportero de buena y espesa barba (muy cuadrículada, muy cuidada), vistiendo una camisa de leñador del Medio Oeste, se interesó por lo que sentía al resultar distinguido con tan alto galardón. Antes de contestar, no pude menos que pensar que la respuesta le iba a dar igual, porque posiblemente le enviaron desde la redacción solo para completar un recuadro en la página de Cultura y Sociedad, sección que no lee ni le importa a casi nadie. Aun así, razono que es un orgullo y satisfacción, como si fuese el Rey emérito, aunque el reportero hace cara de tener la mente en Helsinki, mirándome con desinterés, con la vista perdida en algún punto de fuga tras mi cabeza, grabando mis tonterías en su

smartphone para transcribirlo después en casa mientras sintonice *The Walking Dead* en cualquier cadena de televisión de pago. Si en lugar de responderle sobre letras y libros, defendiese que se me antoja muy correcto colocarse una bolsa en la cabeza en el momento del orgasmo para aumentar el placer, o que he pagado comisiones a un teniente de alcalde de cultura para que exponga y promocioe mi libro en la biblioteca municipal de su ciudad, eso sí que le llamaría la atención. Saltaría de su asiento como empujado por un resorte, bombardeándome a preguntas y recriminaciones. Urdiría el señorito escritor un discurso sobre la moral, el respeto a las razas, la contaminación atmosférica, el efecto invernadero, sobre el tocino, sobre la velocidad, sobre mil maldades adicionales también, para a la mañana siguiente publicar una primera plana en su diario con la biografía del concejal corruptible junto a una reseña alarmada denunciando los sobornos y el tráfico de influencias, males tan comunes en nuestros tiempos que llegan a salpicar hasta el mundo de las Artes con mayúsculas (clamaría el reportero). Por su intrepidez, arrojo y capacidad de investigación, solicitaría para su trabajo el premio Pulitzer, o su versión española, lo que antes caiga. Nada de eso es respondí, ciertamente, pero me asaltaron ganas de probar. Mejor y más divertido me resulta provocar y molestar que conversar sobre novelas, materia que carece de eco social. Contesto al resto de las cuestiones que plantean otros asistentes durante otros veinte minutos, con aseo y decoro, y me guiña un ojo, casi al final de la fiesta, una chica muy mona a la que le cuelga el identificativo de su medio en la pechera.



2. LA VIE EN ROSE

Rocío no ha cumplido todavía los veintisiete. Trabaja en lo que puede y cubre unas horas para un periódico digital, aunque no le abonan salario alguno porque ejerce simplemente como becaria, interesada en engordar su currículum y algún día, si Dios quiere, tener la oportunidad de presentar el tiempo o la sección rosa en alguna telecadena, o bien marchar a cubrir guerras remotas con un chaleco repleto de bolsillos y un casco militar. Es bonita, casi deslumbrante. Luce una melena negra y rizada, de esas en las que te perderías. Viste la damisela un top de tirantes blanco bajo una chaquetilla torera color beige, además de unos *leggings* granates que remarcan tanto sus piernas kilométricas como una pelvis armoniosa, merecedoras de matar por defender su honor y arrastrarla al fin del mundo, a expirar de placer en un catre de cañas de Tahití mientras un indígena gordo interpreta *Somewhere over the rainbow* al ukelele, en tanto el mar ronronea, de fondo, mecido por olitas inofensivas.

En el *catering* posterior al evento, auspiciado por el Ministerio de Cultura (o eso indica en un cartel impreso por orden del Gobierno de España), se me dirigió la chica para expresarme cuánto admira mi trabajo: por la ternura que desprendo, aseguró, y también por mi supuesta capacidad para bucear en el fondo del alma humana. No lo había contemplado yo de modo semejante. En realidad, siempre intenté transmitir con mis escritos el notable odio que profeso a las personas, presentes y pasadas, así como mi poca fe en la existencia de bondad en el planeta, pero igual no supe plasmar mis ideas de manera adecuada. Dado que me cayó en gracia

la doncella, no osé contradecirla, sino que opté por darle carrete y, al rato de charlar sobre esto o aquello, sobre grabados japoneses, sobre mandalas tibetanos y su influencia en el estado de ánimo, me permití invitarla a cenar y, como ahora soy igual de feo que siempre pero más famoso, pues la señorita aceptó encantada.

De tener la oportunidad de compartir menú con una venus juvenil, no escatimes en el precio del cubierto. Es una máxima que conviene no olvidar; los *ratas* tacaños no suelen acabar la noche danzando acompañados en una cama, aunque siempre les quedará la práctica del onanismo y la satisfacción de ver engordar su cuenta corriente. No conozco bien Madrid, o sí, pero eso es irrelevante. En estos casos conviene apostar sobre seguro. Por dárme las de castizo, acabamos en *Lucio*, que es caballo ganador, donde me decanté por un entrecot (al punto), ya que los huevos estrellados son sucios de comer en una primera cita. Ella encargó un pescadito al horno, porque algunas damas están en continuo control de peso y, de noche, no abusan de las calorías. A la tercera copa de la segunda botella de vino ya conocía yo el lugar en el que nació, los novios que la cortejaron, aquella vez que optó al casting de *Mujeres y Hombres y Viceversa*, y también su visión sobre el varón en general, resumida en el convencimiento de que todos los hombres somos unos cerdos, opinión que resulta indiscutible y por la que pidió perdón (sin tener por qué) por la parte que me tocaba. Le contesté que yo coincidí en tal diagnóstico y que, al ser mayor que ella, pues con más fundamento.

Hablé, por mi parte, sobre el proceso de creación en la escritura y todo aquello que aún guardo en mi interior por expresar (aunque en lo que pienso más a menudo es en el fútbol y en los estrenos del cine, seamos claros), cuidando de halagar, cada diez minutos, sus ojos dorados, parecidos a los de Marie Laforet, y su buena conversación, evidencias que no me costaban admitir por ser muy ciertas. Como una cosa lleva a otra, dos horas después, tras trasegarnos una botella de *Dom Pérignon* que solicité a la recepción de mi hotel, estábamos enredados ambos entre las sábanas de mi cuarto,

intentando entrarnos a ratos, como de pelea, resistiéndonos para acentuar el deseo: «Ven aquí...», «ven tú, si tienes cojones...», «te voy a destrozar...», «no te creo capaz, payaso...»; hasta que nos engarzábamos, con fuerza, intentando llegar yo a lo más hondo de su cuerpo. Ella, a ratos me empujaba y rechazaba, pero en otros se encajaba el miembro y cabalgaba encima mío, abriendo la boca, acelerando las caderas. Al llegar al éxtasis se curvaba hacia atrás, cerrando los ojos, y yo moría, jadeante, feliz. Me incorporaba después y admiraba la perfección de sus rasgos, preguntándome por qué la práctica del sexo torna las facciones de ciertas féminas en infantiles, en desvalidas, en casi niñas perdidas. En tanto Rocío descansaba del vaivén con los ojos medio cerrados, la observaba muy atento y le dibujaba el óvalo de su cara con el índice mientras, con la otra mano, encendía un cigarrillo.

Sucede que la dicha nunca es eterna. En los mejores momentos de felicidad y recogimiento no faltará un indeseable que acuda a romper la magia. No entiendo la costumbre de mi representante de tocarme las narices a destiempo. No sería más temprano de las tres cuando me telefoneó al móvil.

—Hola, Rafael, perdona que te moleste. ¿Estás dormido? —insensata pregunta.

—No, Eladio, no —mantengamos la calma—. Antes de acompañar a Morfeo aguardo varias horas en vela por si decidieses llamar. ¿Qué se te ofrece, corazón?

—Oye, bueno... disculpa, pero es que no podía esperar para comunicarte un hecho muy importante —confesó, eufórico.

Iba a dar igual que me resistiese, ya que Eladio (que a tenaz no hay quien le gane) me zamparía la buena nueva quisiese yo o no, y por muy oscuro que estuviese en la calle. Pero es conveniente vestir con cierto misterio las decisiones y no mostrarse impulsivo, así que mientras simulaba que recapacitaba, miraba el cuerpo desnudo, elástico, salvaje, de Rocío, quien me pareció que dormía al fin, no pudiendo reprimir una sonrisa de esto no me puede estar pasando a mí.

—¿Rafa...?
—Sí, nene; dispara.
—Mira, es que... ¿sabes con quién cené anoche?
—Espera que piense... No sé; no caigo.
—Con Cesáreo Penalba —a gritos lo comunicó.
—Uh, ¡vaya! Es una suerte. Todo un personaje. ¿Y te quedaste con hambre, o es que no tienes con quién pagar la borrachera?
—No, hombre, no. Déjate de guasas. Me convidó él. Deseaba verme.

—¿Está enamorado de ti? ¿Te propuso matrimonio?
—No. No. Quiere verte, en realidad. Te va a insinuar que escribas para Editorial Celeste. Creo que desea rogarte, incluso, que te presentes a su premio anual.

—Eladio, yo no soy de concursos —cierto es y así lo expuse, mientras apagaba el cigarrillo en un cenicero metálico adornado con propaganda de *Martini*—. Escribo raro y, aseguran, hermético. No hablan de mí ni para insultarme en las redes sociales. Que soy conceptual y barroco, opinan los del Babelia. ¿Qué pinto yo en el Premio Celeste?

—¡Y yo qué sé! —estaba poniendo nervioso a mi agente con tantos reparos—, pero no te van a asesinar por cenar con él. Son trescientos mil euros, chaval, si ganases la rifa. Aunque igual ahora que eres una estrella te sobran, so idiota. Piensa que a ellos les es indiferente lo que se narre. Quieren nombres para prestigiarles el aguinardo.

.../...

—Rafa... ¿qué le contesto? —insistió ante mi silencio.

Mi cerebro estaba un poco embotado para ser consciente del alcance de la información, pero lo de los trescientos mil euros sí se me pegó al coco. Cierto es que la mitad serían para la Agencia Tributaria, que ya se sabe que somos todos, pero... no era una suma despreciable.

—Vale. Envíame un *Whatsapp* con la hora y el lugar del encuentro con Penalba.

—¡Genial, tío! Hasta mañana.

—Duerme bien.

Volví al lecho. Rocío ronroneaba. Acomodé mi brazo bajo su cabeza y la estreché contra el pecho. De esa forma, nos dieron las diez y las once, la una, y las dos, y las tres, y desnudos al atardecer, despertamos en ayunas.

